

PRESENTARON “LOS CUENTOS DE MI ABUELITA (cuentos para leer con pincel)” DE MARÍA CRISTINA BERCAITZ

Por Vilma Lilia Osella



María Cristina Bercaitz

En estos doce cuentos infantiles, cada uno con un mensaje subliminal, María Cristina Bercaitz (en la foto) vuelca toda su sensibilidad e imaginación. Este libro ilustrado por la autora y por niños de distintas escuelas del país, está destinado a que su propietario pueda colorearlo, dibujar y pegar fotografías. Editado con preciosismo hará las delicias de todos los lectores.

Con una auténtica libertad existencial María Cristina Bercaitz nos introduce en “Los cuentos de mi abuelita” (Cuentos para leer con pincel) y con ellos levantamos el vuelo de la imaginación “hasta que ya no fue más que un punto en la lejanía”. Imágenes como ésta o “desgranando en lágrimas su enorme pena”; o “el cielo le dio gracia y perfume” despiertan nuestro niño interior y nos permiten sentirlo y actuarlo, ya que la propuesta de la autora es que, después de leerlos, dibujemos y pintemos en consecuencia. Así, la “Leyenda de la rosa y el jazmín” que fue ilustrado por alumnos de tercer grado, nos cuenta la historia de una flor sin aroma que salteándose al rango la energía negativa de la envidia, logra, por su humildad, los amores del picaflor y se convierte nada menos que en el jazmín, que es la flor de Dios. En “El perrito Bobby” vemos y tocamos los personajes a través de su narrativa: Cristina nos conmina a “recorrer piedras y soles o tréboles transparentes o huevos de paloma acunados en el pasto verde”. O nos dice que el perrito nuevo se llama Tejo “recordando las monedas de bronce brillante con las que jugaba papá impactando en la cara redonda de la luna”. Y también nos explica que los grandes también juegan y entonces “los chicos miran sin dejan por eso de gozar”. Así es que caemos en el juego de leerla como si fuéramos niños y gustamos cada imagen, cada metáfora, cada palabra elegida con maestría rayana en la lujuria.

A veces, Cristina nos hace trampas: leemos a “Pat., el tirolés” quien, de su madre, conserva en su corazón “su pelo muy oscuro, su olor a leche y su tibio regazo”. Que cuando llega a una nueva casa adornada con “árboles copudos” y se sumerge en una habitación “apenas iluminada por un impertinente rayo de sol” y siente las caricias de una niña, que es como una pequeña hada de “piel rosada y cálida” no puede creer que merezca tanto amor. Caemos en la trampa y sólo al final nos damos cuenta que el personaje es un perro: tan vital lo muestra que lo confundimos con una persona. Cuando nos arriesgamos con “Aventuras en el reino de Neptunito” comprendemos que devolver un hijo a una madre puede lograrse llegando hasta lo profundo del mar,

conociendo sus misterios y secretos, luchando con la adversidad y, al llegar de vuelta, tener las ropas secas porque el amor todo lo puede.

Cuando seguimos la aventura “tomando una taza de rocío aromatizado con trébol” podemos encontrar a una sardinita a la que se llevó el sol en una gota de agua., si la vamos a buscar en un barrilete al que una alondra le sirve de motor. Y si se consigue, pasar del sol a la luna, que tiene un “vestido largo y labrado”, en una carroza tirada por dos luciérnagas. Y entonces, nos daremos cuenta que los sueños pueden hacerse realidad.

María Cristina Bercaitz también escribe cuentos de animales, de nenes y de abuelos. Leyéndolos, podemos llorar nostalgias con “El barquito de papel”. En mi caso, volver a Rosario, donde me crié y estudié, a través de los dibujos con que los chicos la recrean; saber que los pájaros pueden ayudar a los niños que sufren creando en el bosque un árbol de Navidad donde las luciérnagas son estrellitas luminosas. Descubrir que la prolijidad y el tesón de un conejo logran construir una trampa donde sucumbe su peor enemigo, el lobo.

Hay otra propuesta dirigida a los chicos más grandes. Y allí sabemos que si nos crece un bosque en la mano derecha siempre es mejor devolverlo a la Tierra que ella sabrá lo que hace con él.

Generosa esta actitud de María Cristina Bercaitz que en pleno acto de amor, decide compartir el universo de su fantasía en este libro de contenido universal. Un libro que nos permite “descubrir princesas ocultas en las manchas de humedad de las paredes, o guerreros y caballos en las nubes de verano”. Un libro que nos convierte en cómplices de la autora; que merece varias visitas; que es una experiencia cálida y rica.

Yo, por mi parte, conseguí las sensaciones de la niñez al leerlo. Y consideré y analicé muy cabalmente esas sensaciones: concluí que no es aceptable racionalmente que esto hubiera tenido lugar. No obstante, todo mi ser se aferra a la idea de que fui niña otra vez, de la mano de María Cristina Bercaitz y sus cuentos, a los que también pinté con pincel.